

Pastoralia

Serie: GUILLERMO COOK – La Iglesia como Comunidad de Base

El Desafío de una Iglesia Católica Revitalizada

Guillermo Cook

Guillermo Cook
El Desafío de una Iglesia Católica Revitalizada
Artículo publicado en el 1º y 2º semestres de 1990
Revista Pastoralia n^{os}. 24-25 – Año 12 – Páginas 39 a 51



EL DESAFÍO DE UNA IGLESIA CATÓLICA REVITALIZADA

(Is 44.28)

1. TRASFONDO HISTÓRICO DE LA IGLESIA CATÓLICA EN COSTA RICA

El Capitán Gil González Dávila, durante su viaje de reconocimiento de la parte Norte de Costa Rica en 1522, envió el siguiente mensaje al feroz cacique Nicarao: Le dijo que su propósito al llegar a sus tierras era anunciar, en nombre del rey de los cristianos, que “más allá del sol hay un Dios que ha hecho todas las cosas y a los hombres, y que todos los que creen en esto y, porque le reciben como Señor, son cristianos, irán al cielo a estar con ÉL cuando mueran. Los que no son cristianos, irán al fuego que está debajo de la tierra”. Probablemente, esta haya sido la primera vez que el evangelio se haya anunciado, aunque en forma rudimentaria, en Costa Rica. González Dávila bautizó a 32.000 indios en Costa Rica. Parece que tuvo aún más éxito que algunos de nuestros predicadores de hoy!

Cuatro eclesiásticos acompañaron al Capitán González a Costa Rica, y más tarde siguieron misioneros de varias órdenes religiosas. No obstante, Costa Rica casi estuvo abandonada por la Iglesia Católica durante muchos años. Costa Rica estuvo bajo el cuidado del obispo de León hasta 1551. Este, a su vez, estaba bajo la arquidiócesis de Lima, Perú, hasta que fue creada la arquidiócesis de Guatemala en 1742. La historia de la Iglesia Católica de Costa Rica en realidad solo comienza en el siglo XIX. Desde la Independencia hasta la fecha, la Iglesia y el Estado han estado unidos constitucionalmente, a pesar de que, en varias ocasiones, hubo fuertes pugnas entre gobiernos liberales y la Iglesia ultraconservadora.

Costa Rica estuvo cerrada al protestantismo hasta que la independencia creó presiones socioeconómicas que obligaron al gobierno a entrar en contacto con la Europa protestante. Sin embargo, la Constitución no garantizó la libertad de cultos sino hasta 1882. El evangelio protestante entró al país a comienzos del siglo XIX con inmigrantes y mercaderes europeos. La primera iglesia protestante, que más tarde se identificó con la iglesia anglicana (ahora episcopal), abrió sus puertas en 1864, con cultos en inglés. Francisco Penzotti visitó estas tierras en 1892, vendiendo ejemplares de las Sagradas Escrituras. William McConnell, de la Misión Centroamericana, llegó a Costa Rica el 24 de febrero de 1891, iniciando así la era misionera que perdura hasta nuestros tiempos. El crecimiento protestante, hasta 1947 aproximadamente, fue lento. A partir de 1968 (año del Concilio de Obispos, en Medellín), el crecimiento se ha acelerado en forma asombrosa como resultado, posiblemente, de la nueva apertura de la Iglesia Católica después de ese concilio y del cada vez mayor influjo de las iglesias pentecostales. A lo largo de la historia que hemos resumido, las relaciones entre la Iglesia Católica y las iglesias evangélicas han sido relativamente tirantes, aunque nunca se dio en Costa Rica la hostilidad que se manifestó en otros países latinoamericanos.

En 1970, un grupo de líderes carismáticos norteamericanos visitaron a Costa Rica y celebraron una reunión con líderes evangélicos en el Instituto Bíblico de la Iglesia Santidad Pentecostal, en Santa Ana. Entre el grupo visitante estuvo el monje dominico Francis McNutt, profesor de homilética y gran predicador, que poco antes había

experimentado el bautismo en el Espíritu Santo por medio del ministerio de una laica episcopal, en un retiro evangélico. En 1971, el mismo equipo regresó a Costa Rica, con resultados para todos inesperados. La mayoría de nosotros conoce la participación de McNutt en un desayuno de hombres de negocios en el Hotel Presidente, en un retiro evangélico para jóvenes en Roble Alto, en un culto dominical en la Iglesia Episcopal, en una gran concentración en el Templo Bíblico y en una reunión con un gran grupo de misioneros. Fue en esta ocasión cuando tuve mi encuentro personal con el Espíritu Santo. McNutt también dio la homilía dominical en la Catedral y habló a un grupo de monjas franciscanas; pero, en esta ocasión, puede decirse que no fue bien recibido por su propia iglesia. Tampoco lo fue el P. Frank Corbett, el sencillo cura párroco que pasó dos períodos de vacaciones en Costa Rica (en 1971 y 1972), a invitación de personeros de Minamundo.

En 1972 regresó a su patria Sor Cecilia Arias y compartió su experiencia con el Espíritu Santo con su hermano, el profesor universitario (y ex-estudiante del sacerdocio) Dr. José Miguel Arias. Como consecuencia, el Prof. Arias llegó a ser líder de un número cada vez mayor de grupos de oración de tipo carismático que surgieron entre la clase media de la Meseta Central. Por unos cuatro años, la jerarquía católica demostró su oposición al movimiento carismático (o, a lo menos, no manifestó ningún entusiasmo por lo que estaba sucediendo).

Entonces, el 4 de enero de 1976, el entonces arzobispo metropolitano Carlos Humberto Rodríguez emitió tres decretos cuyos objetivos eran: (a) reconocer oficialmente el movimiento carismático; (b) colocarlo tanto bajo la dirección de un superior arquidiocesano como (e) bajo la coordinación de un equipo laico. Como resultado de estas medidas institucionales, hubo una ruptura entre los grupos de oración que permanecieron leales al Prof. Arias y aquellos que se sometieron a la supervisión del P. Pol. Al mismo tiempo, hubo un tercer, y tal vez mayor, grupo de carismáticos que prefirieron no identificarse con ninguno de los movimientos católicos, ni tampoco con las iglesias protestantes.

No fue sino hasta septiembre del año pasado cuando se reconciliaron las dos facciones, presionadas por el nuevo arzobispo, Mons. Román Arrieta Villalobos, y gracias a la intervención del P. McNutt durante su última visita. En 1977 se sabía de 52 grupos de oración en la diócesis central. No tengo información más reciente, aunque doy por sentado que el número habrá de ser mucho mayor. Por supuesto, tenemos que agregarle también los grupos existentes en otras ciudades de Costa Rica. El Dr. Dayton Roberts, de la Misión Latinoamericana, opina que ahora puede haber más carismáticos en Costa Rica que creyentes evangélicos. Uds. recordarán que, a comienzos del año pasado, se celebró una gran concentración de católicos carismáticos en el estadio Escarré, con una asistencia que se calcula en 40.000 personas. El P. Diego Jaramillo, quien coordina el movimiento en Colombia, predicó un sermón elocuente. Al final hizo un llamado a la conversión. Los católicos carismáticos están en posiciones influyentes en el gobierno (por ejemplo, el segundo vicepresidente de la República, el Lic. Alfaro, asiste a uno de los grupos) y en los medios de comunicación social. Con base en esta información, nos atreveríamos a decir que el movimiento carismático católico ha sido mucho más influyente aquí en Costa Rica que su contraparte evangélica. Creo que esto se debe al hecho de que el movimiento católico carismático tiene conciencia histórica, mientras que los movimientos protestantes tienden a romper con su historia.

2. DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA CATÓLICA

La Iglesia Católica tiene una larga tradición de preocupación por los problemas sociales. Basta con solo leer los escritos y las vidas de algunos de los padres de la iglesia. Ambrosio, obispo de Milán y elocuente predicador del siglo IV, tuvo el valor de enfrentarse a dos poderosos emperadores, tanto en defensa de la doctrina trinitaria como en denuncia de una flagrante violación de derechos humanos. Escuchemos sus palabras.: "Dios ordenó que todas las cosas fueran producidas de modo que hubiera comida en común para todos, y que la tierra fuese la heredad común de todos. Por tanto, la naturaleza ha producido un derecho común a todos; pero la avaricia lo ha vuelto el derecho de unos pocos".

Su contemporáneo, Juan Crisóstomo (el de la boca de oro), humilde monje y, contra su voluntad, patriarca de Constantinopla, atacaba los excesos de los ricos con las siguientes palabras: "¿Cómo piensas cumplir los mandamientos de Cristo, si te dedicas a reunir intereses, amontonando préstamos, comprando esclavos como ganado, uniendo negocios a negocios? [¡También existían los monopolios y las multinacionales en el siglo IV!]... Y esto no es todo. A todo esto le añades la injusticia, adueñándote de tierras y casas, y aumentando la pobreza y el hambre".

San Agustín de Hipona e Isidoro de Sevilla, en los siglos V y VII respectivamente, aseveraron que la ley de la naturaleza incluye la posesión en común de todos los bienes y la libertad para todos los hombres. El pecado, sin embargo, añaden ellos, ha distorsionado esta ley de la creación.

Tomás de Aquino, en el siglo XIII, sistematizó las doctrinas de la Iglesia Católica. Con el tiempo, la cosmovisión de Santo Tomás llegó a ser la posición oficial de la iglesia, que imperó hasta comienzos de este siglo. Tomás retomó las inquietudes sociales de sus antecesores, y fue mucho más allá que ellos en sus conclusiones. Dijo que cualquier ley humana que viola la ley natural (que a su vez proviene de las leyes eternas de Dios) es "una corrupción de la ley" y "un acto de violencia", por lo cual no estamos en obligación de obedecerla. La actual preocupación social de la Iglesia Católica no es una aberración impulsada por ideologías modernas (aunque, por supuesto, ha sido influida por estas ideologías, como también lo hemos sido nosotros los evangélicos). sino que es un regreso ala antigua y bíblica preocupación por la justicia social.

León XIII fue el primer pontífice católico de nuestros tiempos que, en 1891 y en su encíclica *Rerum Novarum*, enunció una vez más la doctrina social de la iglesia. Sus enunciados fueron apoyados y ampliados por los papas Pío XI y Pío XII. Sin embargo, fue el papa Juan XXIII quien, en 1961, retomó el tema de la justicia social y puso a la iglesia Católica en el rumbo que ha seguido durante los últimos 19 años. Sus encíclicas *Mater et Magistra* y *Pacem in Terris* (1963) sentaron las bases para el Concilio Vaticano II. En su documento inaugural, los obispos conciliares dejaron ver cuáles eran sus propósitos.

Escuchémosles:

"En esta asamblea, bajo la dirección del Espíritu Santo, queremos indagar sobre la manera en la que habremos de renovarnos, para que podamos ser cada vez más y más fieles al evangelio de Cristo. [...] Creemos que el Padre de tal manera amó al mundo que dio a su único Hijo para salvarlo. Es más, por medio de este mismo Hijo, Él nos ha liberado del cautiverio del pecado, reconciliando todas las cosas a

sí mismo a través de Él, “haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Col 1.20), para que “podamos ser llamados verdaderamente hijos de Dios”.

“Asimismo, el Espíritu nos ha sido dado por el Padre, para que, viviendo la vida de Dios, podamos amar a Dios y a los hermanos, que son todos uno con nosotros en Cristo. [...] La fe, la esperanza y el amor de Cristo nos impulsan a servir a nuestros hermanos, para de esa manera seguir el ejemplo del Divino Maestro, quien, “vino, no para ser servido, sino para servir”.

“Por tanto, la iglesia tampoco nació para dominar, sino servir. Como el dio su vida por nosotros también debemos dar nuestras vidas por nuestros hermanos. [...] Llevamos en nuestros corazones las privaciones, las angustias, los anhelos y las esperanzas de todos los pueblos que están bajo nuestro cuidado, [...] Por tanto, queremos enfatizar todo aquello que tiene que ver con la dignidad humana y que contribuya a una verdadera comunidad de los pueblos.

“El amor de Cristo nos constriñe” porque “el que ve a su hermano tener necesidad y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?” (2 Co 5.14 & 1 Jn 3.17), (MM: 2, 3, 4).

Lo anterior es, en realidad, un resumen de lo que los obispos más tarde tratarían, en 93 extensos párrafos, en la “Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Moderno” que fue publicada el 7 de diciembre de 1965 por el Concilio Vaticano II. Este notable documento, como es costumbre en la Iglesia Católica, es más conocido por las dos palabras latinas con las cuales comienza: “*Gaudium et spes* [El gozo y la esperanza], las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, particularmente de los pobres y de los que sufren, son gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo”. Dejando a un lado, por el momento, nuestras profundas reservas en cuanto al catolicismo, quiera Dios que nosotros también podamos hacer nuestras estas palabras que encajan tan de lleno dentro del espíritu del evangelio integral que ejemplificó con su vida y su muerte nuestro amado Señor Jesucristo.

Gaudium et spes, y más tarde la encíclica *Populorum Progressio* (1967), de Pablo VI, analizan los males sociales de nuestros días y recomiendan la acción pastoral de la Iglesia Católica. Pablo VI es mucho más explícito y, diríamos, radical que sus antecesores.

En este contexto teológico, pues, debemos entender la preocupación social de la Iglesia Católica en América Latina, reconociendo, además, los contextos sociales que han presionado a la iglesia a descender a las masas por siglos olvidadas por ella. Esta fue la preocupación que produjo los documentos de Medellín (1968) y Puebla (1979). De estas dos conferencias se ha dicho lo siguiente: “Medellín fue una voz profética que no llegó a ser un espejo de la realidad latinoamericana. [O sea, que el análisis de la realidad social que hizo Medellín fue un tanto superficial pero su llamado a la acción fue bastante claro e inequívoco]. Por otro lado, Puebla articuló la realidad latinoamericana, pero no llegó a ser un mensaje profético”. [Es decir, que su análisis, aunque bastante acertado, resultó en un llamado ambiguo]. Este, pues, es el trasfondo de la preocupación social del finado Arzobispo Oscar Arnulfo Romero, como también del nuevo Arzobispo de Costa Rica, Mons. Román Arrieta, según se desprende de sus recientes palabras: “Nada que interese al hombre es ajeno al quehacer de la iglesia”.

El 4 de enero de este año visitarán a Costa Rica el Cardenal Aloysio Lorscheider, del Brasil, ex-presidente de CELAM, y Mons. Alfonso López Trujillo, de Bogotá, ex-secretario General y ahora presidente del mismo organismo. Ellos representan

interpretaciones de las dos tendencias –progresista y conservadora– que intentan, ahora, poner en práctica las directrices pastorales de Puebla. (**La Nación**, 4 de enero, 1980). La doctrina social de la Iglesia Católica de Costa Rica fue publicada el 13 de marzo próximo pasado (**La Nación**, 13 de marzo, 1980). Resumiendo, la Iglesia Católica de Costa Rica enfocará su pastoral social en el “cierre de la brecha social entre ricos y pobres, para salvar la democracia costarricense”, con todo lo que esto implica.

3. EL DESAFÍO DE UNA IGLESIA CATÓLICA REVITALIZADA

El documento de Puebla es muy ambiguo. En él aparecen, lado a lado, declaraciones y preocupaciones muy bíblicas y cristológicas y un retomo a un catolicismo más tradicional, con énfasis, por ejemplo, en la exaltación de María, y un retroceso respecto de la apertura que hubo desde el Vaticano II hacia “los hermanos separados” (que en Puebla otra vez son llamados “sectas”). Algunas de estas incongruencias y contradicciones se deben al hecho de que el documento final es la aglutinación de varios documentos producidos por diferentes grupos de trabajo. Esto, a su vez, es un reflejo del pluralismo que existe dentro de la Iglesia Católica. El catolicismo romano no puede de ninguna manera ser llamado en nuestros días “uno y santo”. Hoy existen varias corrientes dentro del catolicismo que luchan por el predominio. Al mismo tiempo, es evidente que la Iglesia Católica, como institución, se ha visto en la necesidad de defenderse contra los avances del protestantismo y del marxismo. Sin embargo, pecaríamos de simplistas si nos quedáramos con solo este análisis de la realidad católica. La búsqueda de control de parte de la Iglesia de Roma la ha obligado a indagar la realidad social de la que nos hablan los marxistas y la realidad bíblica de la que hablamos los evangélicos. Como resultado de esto, el Espíritu Santo ha iniciado cambios en la iglesia que no podemos ignorar, pues nos desafían también a indagar.

Este pluralismo, por así decirlo, recibió la bendición de la Iglesia en el Vaticano II. Desde entonces para acá, ha seguido un período de indecisión y de confusión. Juan Pablo II, papa dinámico, evidentemente ha decidido poner fin a este estado de cosas. Las posturas del arzobispo Román Arrieta son un reflejo en miniatura de esta nueva actitud de Roma.

En agosto del año pasado, como es sabido por la mayoría de nosotros, monseñor Arrieta comenzó a presionar a los católicos carismáticos, a imponerles una mayor disciplina y exigirles una mayor lealtad. En conversaciones con su obispo auxiliar, Mons. Troyo, se nos informó que la Iglesia no había dejado a un lado su apertura hacia el ecumenismo cristiano. Sus actitudes más recientes, dijo, se deben a las actividades excesivamente proselitistas de algunos grupos pentecostales que, opinó el obispo, también perjudican a otras iglesias evangélicas. Esta conversación subraya el dilema ante el cual se encuentra la Iglesia Católica en América Latina. Por un lado, desea una revitalización (y reconoce que la necesita), pero, por otro, nunca permitirá que dicha renovación signifique el fin de su predominio institucional. Desde un punto de vista humano, podemos entender esta reacción. ¿No es cierto que nosotros también hacemos lo mismo cuando los cambios amenazan con quitarnos nuestro pueblo o minar nuestra autoridad eclesiástica?

Agradezco al P. José de Carlo, de la Iglesia Episcopal de Costa Rica, por suministrarme los siguientes datos sobre la Iglesia Católica en este país:

* En 1960 fue elegido Mons. Rodríguez Quirós arzobispo de San José. Con él se iniciaron 18 años de lo que miembros del clero costarricense han denominado la Edad Media de la Iglesia. La Iglesia únicamente miraba hacia adentro y cerraba sus puertas al mundo. El Arzobispo no admitía ningún cambio. Como consecuencia, hubo un gran éxodo de sacerdotes. Se cerró el Seminario Menor, y el Seminario Mayor, de no haber sido por el aporte de estudiantes de Centroamérica, tal vez hubiera llegado al punto de cerrarse también. Este fue un período de reacción contra el Vaticano II, de confusión y estancamiento, de problemas con los carismáticos, de intolerancia contra cualquier movimiento laico, y de muchos reveses.

* A partir de la consagración de Mons. Román Arrieta Villalobos comenzamos a ver una Iglesia Católica revitalizada:

(1) Se está llenando otra vez el Seminario Mayor. Hay casi 100 alumnos. Entre ellos hay un número mayor de estudiantes de cierto nivel universitario y de estudiantes que no han pasado por las aulas del Seminario Menor. Esto quiere decir que el estudiante es más abierto, más despierto, más listo y menos pasivo. Más revolucionario. Han tenido mayor contacto con la vida cotidiana. El currículo del Seminario está incorporando más materias sobre iglesia, sociedad y problemas contemporáneos.

(2) Hay una jerarquía más joven, comenzando con el Arzobispo y su auxiliar. Hay tres obispos nuevos, y uno (Mons. Ignacio Trejos) relativamente nuevo. Solo queda un obispo de la vieja guardia, el titular de Alajuela. Estos son obispos más moldeados a lo moderno, más identificados con la realidad social costarricense. El propio Arzobispo es de origen rural y se identifica más con sus raíces que su antecesor.

(3) Habiendo pasado la crisis del enfrentamiento con los grupos carismáticos y los líderes más radicales, hay un mayor espíritu de diálogo entre ellos. Hay mayor apertura en la jerarquía hacia los movimientos de laicos y, al mismo tiempo, un intento consciente de integrarlos a la vida de la iglesia.

(4) La Iglesia Católica de Costa Rica hoy reconoce su decadencia pasada, y está consciente de los cambios sociales actuales y de la necesidad de acción frente a estas necesidades. Un clero más joven se prepara para entrar en el campo de la "reevangelización" de la familia (Movimiento Familiar Cristiano) y de la comunicación de masas y para identificarse más con los pobres y con sus agudos problemas.

(5) Los obispos están más conscientes del crecimiento protestante (cosa que el arzobispo anterior se rehusaba a reconocer). Aunque aún no tienen una estrategia definida para contrarrestar este avance, hay señales evidentes, según el P. de Carlo, de que la Iglesia se lanzará a los siguientes campos de acción:

- (a) Promoción de grupos de estudio bíblico
- (b) Promoción de grupos juveniles
- (c) Desarrollo del Movimiento Familiar Cristiano (renovado y revitalizado bajo liderazgo joven)
- (d) Reorientación de la Radio Fides para contrarrestar a Faro del Caribe
- (e) Mayor participación de la Iglesia en los medios masivos, (El actual arzobispo ha aparecido en la TV. más veces durante los últimos seis meses, que su antecesor en 20 años.) Programas de T.V. semejantes a PTL. al Club 700 o al de las Asambleas de Dios.

(f) Mayor participación a nivel social. La Iglesia Católica ha comenzado a arbitrar los problemas laborales del país. Es muy posible que dentro de pocos años veamos a la Iglesia involucrada en un programa semejante al de Caravanas. Lo único que la detiene en este momento es la aguda crisis económica que experimenta. Sin embargo, este problema se resolverá si la iglesia consigue movilizar al pueblo y logra su aporte económico.

Resumiendo todo esto, podríamos decir también que, durante esta década, las iglesias evangélicas en Costa Rica encontrarán:

* En los pueblos rurales, mayor resistencia que hace algunos años.

* Un clero más flexible (es decir, no tan fanático y menos defensivo), más preparado y dispuesto a enfrentarse con agresividad al desafío evangélico.

* Un episcopado más ágil, más capacitado y más dispuesto a usar nuevas estrategias.

4. INQUIETUDES

¿Qué tiene que ver todo esto con nosotros? Al final de cuentas, algunos podrían decir, ¿qué importancia tiene para nosotros, que somos evangélicos, lo que está pasando en la Iglesia Católica? Precisamente, somos evangélicos y venimos de una tradición protestante y reformada, la que consideramos profundamente bíblica. Pero, trabajamos, vivimos y servimos a nuestro Señor en países católicos. La Palabra de Dios nos insta a inquirir, a buscar y a preguntar con diligencia antes de formar juicios de valor sobre algún hecho o sobre la realidad general (Dt 13,14).

¿Cuál debe ser nuestra actitud? Desafortunadamente, con demasiada frecuencia basamos nuestros criterios sobre datos recibidos de segunda mano y sobre supuestos que han sido condicionados por nuestros prejuicios y presuposiciones teológicas e ideológicas. Cuando esto acontece, nos abrimos únicamente a cualquier información que concuerde con la realidad tal como nosotros la percibimos (o se nos han enseñado a percibirla). Cerramos nuestras mentes, (o simplemente no percibimos) aquello que pudiera contradecirnos o proveernos nuevos criterios para poder evaluar la realidad de forma más objetiva. Este es un fenómeno natural que nos aqueja a todos. Ni la conversión, ni la santificación, ni el bautismo en el Espíritu Santo nos libera totalmente de esta característica muy humana. El objeto de esta ponencia no es abogar por el ecumenismo (en el sentido en que muchos hermanos lo entienden), sino hacer un llamado a asumir una actitud de mayor curiosidad, si pudiéramos llamarla así, y de más objetividad en nuestra postura hacia la Iglesia Católica.

¿Qué podemos aprender?

4.1 Dentro de las limitaciones de la doctrina católica romana existe un fenómeno muy interesante. La Iglesia de Roma ha sido, con pocas, aunque notables, excepciones, mucho más abierta a cambios dentro de su propia institución de lo que lo han sido, en general, las iglesias protestantes. La mayor excepción a lo que voy a decir lo constituye, por supuesto, la propia Reforma Protestante, que tuvo su razón de ser. Sin embargo, si analizamos la historia del catolicismo vemos que los movimientos de renovación iniciados por Francisco de Asís, Ignacio de Loyola y otros, en vez de ser anatematizados, fueron

absorbidos y puestos al servicio de la iglesia. Franciscanos y jesuitas fueron enviados a otras tierras a realizar labores misioneras. En cambio, una característica muy marcada del protestantismo, que ha sido piedra de escándalo para muchos católicos, es la facilidad con que, o bien expulsamos de nuestro seno a los que no concuerdan con nosotros, o bien nos separamos de aquellos que, según creemos, están equivocados, son demasiado fríos o han dado cualquier otro motivo. Si queremos, en realidad, responder al desafío de una Iglesia Católica revitalizada, tendremos que dejar a un lado nuestro divisionismo y encontrar formas concretas y continuas (no esporádicas como ahora) de relacionarnos con nuestros hermanos en Cristo.

4.2 Como corolario de lo anterior, la Iglesia Católica después del Vaticano II intentó ser tolerante (dentro de ciertos límites, por supuesto) respecto de las diferencias con otros cristianos (como con nosotros los evangélicos). Este nuevo espíritu de tolerancia (que ahora tal vez está comenzando a menguar) les ha sido impuesto por el hecho de que ya no existe un mundo monolítico donde impera el modelo sociopolítico y cultural de la cristiandad. El secularismo y su expresión más radical, el marxismo, amenazan a la Iglesia de Roma. La forma de resistir ese secularismo no es cerrándonos totalmente frente a él y expulsando o anatemizando cualquier movimiento que huelga a liberalismo o marxismo (términos que muy pocos de nosotros entendemos a cabalidad porque no nos hemos preocupado de analizarlos). Más bien, debemos preguntarnos si estas herejías no serán la consecuencia de otras (digamos) herejías en las que nosotros mismos hayamos caído. Por ejemplo, nuestra falta de sensibilidad a la obra del Espíritu Santo en nuestro mundo y nuestra poca compasión por los que sufren opresión de cualquier clase. Los extremos siempre engendran extremos.

4.3 Si bien los dogmas católicos dejan mucho que desear en varios puntos fundamentales, debo admitir que me impresiona la profundidad de la fundamentación bíblica de muchos de los documentos sociales de la Iglesia de Roma. Ojalá nosotros tengamos el valor de regresar a la Biblia para descubrir dónde nos hemos apartado de ella en lo que concierne a las dimensiones sociales del evangelio.

4.4 Por último, y en relación con lo anterior, me impresiona el espíritu de autocrítica que infunden muchos de los escritos católicos de hoy. Si quiero encontrar libros que analicen con franqueza (a la luz de las Escrituras y de la realidad social) la crisis de la iglesia Católica actual, no necesito ir a una librería evangélica. Las editoriales católicas los publican en abundancia. ¿Estamos nosotros igualmente dispuestos a admitir nuestros errores?

¿Cómo debemos actuar? En pocas palabras, con sabiduría, con inteligencia, con amor cristiano y con fidelidad a la Palabra de Dios. El hecho de que podamos reconocer que personas y movimientos dentro de la iglesia Católica puedan ser de Dios no implica el reconocimiento de la Iglesia de Roma como tal.

Todas las instituciones eclesiásticas están manchadas en una u otra medida por el pecado. No obstante, cerrar nuestros ojos a lo que, estoy convencido, el Espíritu está haciendo en el mundo y en la Iglesia Católica hoy, sería pecar contra el mismo Espíritu Santo. Como dijo Pedro a los líderes de la iglesia en Jerusalén, cuando le reclamaron por haber bautizado a Cornelio: “Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios?” (Hch 11.17).

1980 (?)